

LA SAL DE LA TIERRA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

LA SAL DE LA TIERRA

Vos estis sal terrae ¹, vosotros sois la sal de la tierra. Con estas palabras, Jesucristo señala la misión del apóstol en el mundo: preservar de corrupción y dar sabor a la insipidez de la tierra. Esa tarea no puede ser una cosa más entre las muchas que ha de realizar un cristiano, sino que ha de penetrar su vida entera. La vocación apostólica exige una conversión total, de manera que, en adelante, el apostolado sea para el apóstol su vida y su razón de ser, independientemente de las circunstancias de carácter, de ambiente, de ocasión, de entusiasmo natural...

Preservar de la corrupción

En la Obra, todos **somos apóstoles que cumplimos un mandato imperativo de Cristo** ². La elección de Dios recayó sobre nosotros para que seamos sal de la tierra: *ego elegi vos et posui vos, ut eatis et fructum*

(1) *Matth.* V, 13.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

afferatis ³, Yo os he elegido, y os he destinado para que vayáis por todo el mundo, y deis fruto. Desde el momento de esa elección singular, el apostolado se convirtió en la señal de vida de nuestra alma, la justificación de nuestras potencias, como preservar y dar sabor es la razón de ser de la sal. *Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se hace insípida ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada vale ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes* ⁴.

Hemos sido lanzados al mundo por el Señor para preservar del mal, para *inmunizar de corrupción a todos los mortales* ⁵. Gloriosa y difícil misión, que exige un profundo y constante sacrificio. Diluirse en el mundo, para salvarlo; por consiguiente, sin desvirtuarse, sin mundanizarse.

“¿Influye tanto el ambiente!”, me has dicho. — Y hube de contestar: sin duda. Por eso es menester que sea tal vuestra formación, que llevéis, con naturalidad, vuestro propio ambiente, para dar “vuestro tono” a la sociedad con la que conviváis ⁶. Para que la tierra no desvirtúe la sal, para que la sal cumpla su misión en la tierra, nuestro Padre pedía para sus hijos *aquella fortaleza de espíritu que les haga llevar consigo nuestro ambiente* ⁷. Decididos en la conducta hemos de ser siempre, fuertemente intransigentes con el mal; lleno ha de estar el corazón de la fortaleza de Cristo, para salvar a los hombres: *viriliter agite, et confortetur cor vestrum* ⁸.

Y cuanto más lleno de corrupción el ambiente, mayor ha de ser nuestro celo; como la presencia del virus excita la actuación enérgica de las defensas del organismo. Ante el mundo apartado de Dios, hemos de sentir nuestras entrañas devoradas por el celo apostólico. *¿Quién es el que está devorado por el celo de la casa de Dios? El que trata de corregir y ansía enmendar todo cuanto allí quizá ve de perverso* ⁹. Este afán salvífico no será nunca desvaído y tibio, sino encendido y eficaz. Porque, en ocasiones, habrá que curar con cierta dureza. Es así como hiere

(3) *Ioann.* XV, 16.

(4) *Matth.* V, 13.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934.

(6) *Camino*, n. 376.

(7) De nuestro Padre.

(8) *Ps.* XXX, 25.

(9) San Agustín, *De perfectione iustitiae hominis* X, 9.

el cirujano, y nadie se siente ofendido por el dolor que produce. Y el apóstol tiene más derechos, porque no salva unos años de vida más o menos grata, sino una eternidad absolutamente feliz. Y si no obra siempre a petición del enfermo —que es siempre, sobrenaturalmente hablando, un menor de edad—, obra por mandato imperativo de Dios, que es Padre del apóstol y del enfermo. Y el apóstol actuará así, con caridad abundante también en la forma, persuadiendo y estimulando, pero sin violentar; porque *la santa intransigencia no es intemperancia* ¹⁰.

No podemos pretender que la medicina sea en todo momento fácilmente acogida; sabemos que estamos en el mundo para enseñar a los hombres *la senda estrecha que conduce a la vida* ¹¹. Camino empinado, que no es fácil ni grato a la carne, al espíritu de mundo, al desordenado deseo de gozar. Pero los que lo sigan, los que violentándose a sí mismos emprendan decididamente la marcha hacia Dios, acabarán comprendiendo el primer dolor, que debimos producirles para sacarlos de su postración.

Dar sabor sobrenatural

Preservar de corrupción y dar sabor. Dar sabor, llenar de Cristo las almas, encenderlas en deseos de santidad, en amor de Dios. Apostolado y proselitismo, que es algo esencial en nuestra vocación. Hemos de llevar al mundo, con naturalidad, nuestra vida divina, para que llegue a las almas el testimonio de lo sobrenatural.

“Y en un ambiente paganizado o pagano, al chocar este ambiente con mi vida, ¿no parecerá postiza mi naturalidad?”, me preguntas. — *Y te contesto: Chocará, sin duda, la vida tuya con la de ellos; y ese contraste, por confirmar con tus obras tu fe, es precisamente la naturalidad que yo te pido* ¹².

(10) *Camino*, n. 396.

(11) *Matth.* VII, 14.

(12) *Camino*, n. 380.

Nuestra naturalidad es la misma con que la sal da sabor, sin forzarse, como lo propio de su naturaleza, como una actividad ineludible, que si no ejerciese, sería porque ella misma estaría corrompida, desvirtuada, porque ya no sería sal. Naturalidad que es un fluir natural de su propia vida; que no puede depender, por tanto, de las características del mundo. El celo nuestro, el ímpetu de nuestro apostolado no responde a la fogosidad de la juventud, a unas condiciones favorables del ambiente, a circunstancias humanas de ninguna especie; sino que procede de la vida sobrenatural del alma del apóstol, del amor de Cristo que hay en su corazón. Y tiene a su favor la garantía del triunfo, de un triunfo que quizá él mismo no llegue a ver, pero que es seguro como la palabra de Dios. *Para pegar vuestra locura a otros apóstoles, no se me ocultan los obstáculos que encontraréis. Algunos podrán parecer insuperables..., mas inter medium montium pertransibunt aquae: y el espíritu sobrenatural de la Obra y el ímpetu de vuestro celo pasarán a través de los montes, y venceréis esos obstáculos* ¹³.

El apóstol tiene que estar dispuesto a que este ímpetu suyo choque con las medidas humanas del ambiente, con la *prudencia* de quienes le rodean, y a veces con sus criterios y sus costumbres. Tiene que estar dispuesto a que se le considere *necio por amor de Cristo* ¹⁴. Pero aunque choque con los convencionalismos del mundo, el apóstol tiene que vibrar, porque *es ocioso el discurso del que enseña, si no puede mostrar el incendio del amor* ¹⁵.

Generalmente no es difícil encenderse en ese entusiasmo sobrenatural, ante opiniones y conductas abiertamente opuestas y ofensivas a la doctrina de la Iglesia, ante el que se declara y actúa como enemigo. Pero tal vez es menos fácil vencer la tentación insidiosa de un ambiente tibio, cuando se convive con personas que no niegan dogmas, pero que prescinden de Jesucristo en sus relaciones sociales, en su trabajo, en sus ideas, y juzgan de todo con criterios exclusivamente humanos, quizá aparentemente razonables, pero sobrenaturalmente falsos. Es el espíritu

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934.

(14) 1 Cor, IV, 10.

(15) San Gregorio Magno, *Moralla* 30, 5.

de mundo, el ser mundano lo que, en silencio, sin estridencias, podría enfriar al apóstol, aherrojándolo, ahogando su vibración.

Para vibrar con el espíritu de la Obra

La fuente del verdadero ímpetu apostólico es la vida interior. No basta la doctrina, con ser indispensable. Hace falta el amor: primero, porque de otro modo la doctrina no es eficaz; y después, porque la perfecta rectitud de intención garantiza la conservación de la pureza doctrinal. Porque les faltó esa rectitud, San Pablo dice de los sabios de su tiempo que *dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt* ¹⁶; mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios. Frecuentemente, al enfriarse el corazón se falsea la doctrina.

Para poder actuar como sal, hay que serlo. Para preservar de corrupción y para dar sabor, hay que tener vida interior. La santidad personal, la lucha por alcanzarla, es base de la eficacia apostólica. Escribió nuestro Padre: *mas, para cumplir esta Voluntad de nuestro Rey Cristo, es menester que tengáis mucha vida interior: que seáis almas de Eucaristía, ¡viriles!, almas de oración. Porque sólo así vibraréis con la vibración que el espíritu de la Obra exige, haciendo que se repita muchas veces, por quienes os tratan en el ejercicio de vuestras profesiones y en vuestra actuación social, aquel comentario de Cleofás y de su compañero en Emaús: nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?; ¿acaso nuestro corazón no ardía en nosotros, cuando nos hablaba en el camino? (Luc. XXIV, 32)* ¹⁷.

La vida interior urge al apóstol —*caritas enim Christi urget nos* ¹⁸, la caridad de Cristo nos urge—; nos hace superar toda flaqueza personal

(16) Rom. I, 22.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934.

(18) II Cor. V, 14.

y todo cálculo humano, y nos hace sentir continuamente el amoroso acicate del *vae enim mihi est, si non evangelizavero!* ¹⁹, ¡ay de mí, si no evangelizare! *Tu apostolado* —insistía nuestro Padre— *debe ser una superabundancia de tu vida “para adentro”* ²⁰.

Pero es de tal naturaleza nuestra vocación apostólica, está el apostolado tan identificado con nuestra misma vida, que nuestra sal mejora sus condiciones salando, se hace más sal cuanto más preserva y más sabor da.

Somos sal de la tierra que ha de diluirse sin desvanecerse, que ha de preservar de corrupción y dar sabor sin desvirtuarse. Sal que impregna todo cuanto toca, que inmuniza contra el mal y pone el fuerte acento de Cristo en la insipidez de la tierra.

(19) 1 Cor. IX, 16.
(20) Camino, n. 961.